

**DE LA MEDICINA A LA EDUCACIÓN: MARÍA
MONTESSORI (1870-1952) Y OVIDE DECROLY (1871-1932).
DOS METODOLOGIAS EDUCATIVAS
AL SERVICIO DE LA INFANCIA.**

Virginia Guichot Reina
Universidad de Sevilla

La valoración de lo que podríamos denominar la «condición infantil» encontró en los avances sociales y en las aportaciones psicopedagógicas llevadas a cabo a finales del XIX un factor decisivo de impulso y desarrollo. Con anterioridad, voces se habían alzado reclamando una atención específica para ese gran desconocido -el niño-, para ese ser que, como afirmaba Rousseau, no puede ser considerado como un adulto en miniatura, pero será ahora cuando comience a alcanzar una dimensión tal que repercuta en prácticas concretas. El planteamiento de la importancia de esta etapa del desarrollo humano, el reconocimiento del interés del estudio científico de la conducta infantil y la reivindicación de la necesidad de organizar un sistema tanto educativo como de protección más eficaz y respetuoso con el niño serán puntos básicos que definan el auge del movimiento psicológico que hallamos en este período.

Es aquí donde vamos a situar a los dos protagonistas de nuestra comunicación: María Montessori (1870-1952) y Ovide Decroly (1871-1932), dos personajes que van a dedicar su vida al descubrimiento de «esos locos bajitos», como canta J.M. Serrat, los niños. Intentaremos una aproximación a su obra, examinando la concepción antropológica que manejan, la educación a la que da lugar, la metodología que proponen y, por último, la validez de sus ideas en nuestros días.

1. DE LA MEDICINA A LA EDUCACIÓN EN UN MUNDO SIN DIOS

Lo primero que nos llama la atención al examinar la obra de estos dos autores son las semejanzas biográficas. Ambos eligen unos mismos estudios universitarios, la carrera de Medicina. Montessori se doctora en 1896 en la Universidad de Roma, siendo una auténtica proeza por su condición femenina: es la primera mujer italiana que recibió ese grado. Decroly lo hará el mismo año, en la Facultad de Medicina de Gante. Ambos se sienten atraídos por la neurología y comenzarán a interesarse por la infancia anormal. Con ella, iniciarán la experimentación de sus respectivos métodos y sólo más tarde ensayarán la aplicación de los mismos con niños normales, coincidiendo incluso en el año de apertura de sus instituciones educativas, el 1907. Montessori abre las puertas de la primera «*Casa dei Bambini*», la Casa de los Niños, en Roma, y Decroly funda en Bruselas «*L' Ecole de l'Ermitage*», la Escuela del Ermitaño, como se la conocía debido al nombre de la calle donde se ubicaba. En ambos, es posible advertir la unión entre la teoría y la práctica y se puede apreciar un enfoque interdisciplinar: medicina, psicología y pedagogía se entrelazan en sus propuestas. Médicos por formación universitaria, convertidos por vocación en iniciadores vanguardistas en el ámbito de la pedagogía, se acercan a la realidad educativa del niño, en un enfoque científico integrador donde, junto a la medicina y la pedagogía, y haciendo de mediadora entre ellas, destaca la psicología.

Ambos autores viven en un mismo período histórico que les resulta desalentador, un período de inseguridad, de pérdida de valores auténticamente humanos, un ambiente que dará lugar a la atrocidad del conflicto bélico mundial: es el contexto de la famosa frase de Nietzsche: «Dios ha muerto».

Ante el caos, ante la desolación, ¿en quién apostar?: en la educación que, como la poesía, tal como nos interpela Gabriel Celaya, es un arma cargada de futuro. Llenas de preocupación son las palabras de Montessori cuando nos dice:

«Las condiciones sociales producidas por nuestra civilización obstaculizan evidentemente el desarrollo normal del hombre (...). Se puede, pues idear un movimiento universal de reconstrucción con un objetivo único: ayudar al hombre a conservar su equilibrio, su normalidad psíquica, su orientación en las presentes circunstancias del mundo exterior»¹.

Y la apuesta de Decroly se ve clara en el siguiente fragmento: ··

«Entre los problemas surgidos en la postguerra, uno parece recobrar particular interés, y es el de la educación en general. Y no podía ser de otra manera, porque resulta de toda evidencia, para los que vemos algo a lo lejos por cima del tiempo presente, que todas las medidas que se preconicen, en lo económico como en lo político, no obrarán en la vida de los pueblos sino en la medida en que las generaciones que vayan incorporándose a la vida social se encuentren preparadas a comprender y, sobre todo, a vivir esta vida»².

Fe en la educación como motor de cambio social; una educación que tendría que romper los esquemas seguidos hasta el momento y que se suelen recoger bajo la designación de «tradicionales»: escuela verbalista, abstracta, alejada de los intereses del niño, ignorante de su peculiar naturaleza, centrada en el maestro, basada en la mera instrucción, generadora de pasividad en el alumno... Ellos defienden una nueva manera de concebir la educación basada, claro está, en una determinada concepción del hombre y, en particular, de la infancia.

2. EL NIÑO, ESE GRAN DESCONOCIDO. CONCEPCIÓN ANTROPOLÓGICA

«En los colosales e innumerables volúmenes de la historia de los hombres, no aparece nunca el niño; nunca se tiene en cuenta al niño en la política, en las realizaciones sociales, en la guerra, o en la reconstrucción. El adulto habla como si solamente existiera el adulto. El niño forma parte de la vida privada, y es un objeto que exige deberes y sacrificios a los adultos y merece castigos cuando molesta. Al soñar con un Paraíso Terrenal en el mundo futuro, con una nueva sociedad mejor, el adulto ve sólo a Adán y Eva y la serpiente: en el Paraíso Terrenal no está el niño.

Que de él nos pueda venir una ayuda, una luz, una enseñanza, una nueva visión, la solución de problemas enmarañados, esto no ha penetrado todavía en la mentalidad social.»³

Este texto nos ha parecido representativo para ilustrar una de las ideas-clave que une a Montessori y a Decroly como es la necesidad de considerar la infancia en su especificidad. El niño es un ser con características diferentes a las del adulto y reclama una atención especial; sin embargo, este reconocimiento no ha sido frecuente a lo largo de la Historia.

Ambos personajes se dan cuenta de la urgencia de observar al niño para descubrirlo, para poder ofrecerle el trato que se merece. Montessori exclamará: «¿quién puede revelarnos las vías naturales por las que marcha el crecimiento psíquico del individuo humano, sino el mismo niño en condiciones de manifestarse?. Así pues, nuestro primer maestro será el mismo niño (...)⁴. Analicemos qué rasgos encuentran en él estos pedagogos.

María Montessori establece una clara diferencia entre el niño y el adulto. El primero se encuentra en un estado de transformación continua e intensa, tanto corporal como mental, mientras que el adulto ha hallado la norma de la especie. En el niño, Montessori ve una forma mental específica, una energía interior que tiende a manifestarse por sí misma. En él, existe lo que denominará el «*mneme*», una forma de memoria en el inconsciente que le ayuda a retener sin gran esfuerzo lo que ve y oye, sobre todo el lenguaje de la persona que está a su lado, su mímica, sus costumbres, su actitud,...

Montessori destaca la enorme capacidad de adaptación del ser humano que lo diferencia del resto de los animales. No sólo tenemos que atender al lado de la herencia, no sólo hemos de fijarnos en la carga genética: asimismo debemos atender al ambiente, al contexto que rodea al hombre, ya que es la única forma de explicar ciertos caracteres, determinadas conductas. Esta indeterminación biológica, esa flexibilidad adaptativa, esta plasticidad, es la que va a permitir sin duda la existencia de la libertad, rasgo esencial del hombre y punto clave en el fundamento teórico de la metodología Montessori. Escribe nuestra autora:

«El niño recién nacido, sólo cuando se le considera lógicamente, aparece, desde el punto de vista de la herencia, diferente de los recién nacidos de los mamíferos (...). Pero el hombre tiene un poder ilimitado de adaptación, tanto en el sentido de que puede vivir en todas las regiones geográficas, como en que puede adquirir innumerables formas de costumbres y de trabajo. Luego el hombre es la única especie capaz de una evolución infinita en sus actividades en el mundo exterior; de aquí brota el desarrollo de las civilizaciones. Es verdaderamente una especie que no ha quedado fijada por la naturaleza en su behaviour, como todos los demás seres vivos»⁵.

«El niño, que en apariencia está inerte físicamente, ¿no es quizás un embrión en el que se desarrollan los órganos psíquicos del hombre? ¿Un embrión en el que existen solamente nebulosas, que tienen el poder de desarrollarse espontáneamente, sí, pero sólo a expensas del ambiente, de ese ambiente que es tan variado, en las formas de civilización?. Por eso el embrión humano debe nacer antes de completarse y se puede desarrollar solamente después de haber nacido, porque sus potencialidades han de ser estimuladas por el ambiente»⁶.

Decroly va a coincidir en buena parte de los planteamientos antropológicos de Montessori. Como para la mayor parte de los representantes del movimiento pedagógico que se conoce como Escuela Nueva, va a caracterizar al niño como ser activo, constructor de su propia personalidad, y va a dar una gran importancia al ambiente como configurador de los rasgos del carácter. Tiene una psicología propia que habrá que observar a la hora de configurar la enseñanza: las funciones intelectuales operan siguiendo unas pautas de globalización, lo que veremos reflejado en su propuesta de los «centros de interés».

3. LA EDUCACIÓN, UNA APUESTA POR EL RESPETO A LA INFANCIA

¿Cómo se traducen sus presupuestos antropológicos en el mundo educativo?, ¿qué concepto de educación manejan?

Para la doctora italiana, la concepción de la educación es de crecimiento y desarrollo. La vida se caracteriza por el desarrollo y la educación debe permitirlo. Principio fundamental en su escuela es la libertad entendida como condición de la expansión de la vida; libertad que no significa abandono, sino que consiste en permitir la realización de las manifestaciones espontáneas del niño; una libertad que va a estar estrechamente unida a la actividad. Apoyándose siempre en los modelos de la psicología de fines del XIX, Montessori llega al aprendizaje como proceso activo de tal modo que escribe:

«La cultura se puede transmitir a través de la palabra, también por la radio y los discos fonográficos; se puede dar mediante las imágenes de las proyecciones y del cine. Pero sobre todo se debe dejar que se adquiera mediante la actividad, con la ayuda de materiales que permitan al niño adquirir la cultura por sí mismo, impulsado por la naturaleza de su mente que busca, y dirigido por las leyes de su desarrollo. Estas demuestran que la cultura es absorbida por el niño a través de experiencias individuales, con la repetición de ejercicios interesantes, a lo que contribuye siempre la actividad de la mano, órgano que coopera al desarrollo de la inteligencia»⁷.

Tanto Montessori como Decroly, van a coincidir en la enorme importancia que le dan a colocar al niño en un ambiente adecuado que permita que su personalidad se desenvuelva «sanamente». La primera insiste en que cada período de la vida desarrolla propiedades que están dirigidas en su construcción por las leyes de la naturaleza. Si éstas no se respetan, la constitución del individuo puede llegar a ser anormal o monstruosa, de ahí que el esfuerzo consista en secundar dichas leyes. En este sentido, la intervención del educador es indirecta, es el

«*trait d'union*» entre las leyes interiores de formación mental del niño y el intercambio directo con el medio. El maestro debe preparar el ambiente para satisfacer las necesidades de desarrollo del niño, que no son sólo las de su vida física, sino sobre todo las de su inteligencia y su personalidad, no obstaculizando su actividad espontánea y respetando su individualidad.

« (...) el problema práctico del maestro ya no es el de comunicar unos conocimientos según unos límites establecidos, sino más bien el de «moderar» y «dirigir», como hace el domador de caballos inquietos y jóvenes. Se necesitan guías para moderar y conducir, no varas para hacer correr»⁸.

«Es verdad que, conforme la cultura se eleva, el maestro o el profesor va adquiriendo un papel cada vez más importante; pero éste consiste principalmente en «estimular el interés», más que en la enseñanza, como se entiende comúnmente; porque los niños, cuando se interesan por una cuestión, tienden a permanecer por largo tiempo estudiándola y probándola hasta que alcanzan una especie de «madurez» a través de sus propias experiencias»⁹.

Decroly asume que la educación tiene como objetivo primordial preparar al niño para la vida, tanto individual como social. Busca que éste tome conciencia de su personalidad y del ambiente natural y humano en que vive. Ahora bien, educar para la vida es educar para hacer frente a sus necesidades, lo que implica proporcionar un conjunto de conocimientos que pongan al sujeto en grado de adaptarse a la sociedad y sus cambios. ¿Cuáles son estas necesidades primordiales del niño? Decroly señala cuatro: a) Nutrición (de ella dependen la de respirar y de asearse); b) Protección de la intemperie; c) Defensa contra diversos peligros o enemigos y d) Obrar, trabajar, prosperar... (de ella dependen las necesidades de ilustración, de arte, de recreo, de reposo.).

A partir del establecimiento de estas necesidades, se deriva el núcleo de la pedagogía decroliana: el programa de ideas asociadas basadas en el interés de los niños; el énfasis en las actividades de observación, asociación y expresión; la atención y valor didáctico que concede al juego educativo, su defensa de la globalización y los centros de interés...

Ya señalamos que Decroly considera que el papel del educador se limita a una intervención indirecta, es decir, su papel activo consiste en reunir en un medio dado el máximo de condiciones favorables a la evolución normal, eliminando las desfavorables. Se trata de preparar el ambiente adecuado:

«(...) en la mayor parte de los casos puede decirse que el conseguir una educación se debe a la intervención indirecta e indeterminable de los factores

generalmente difíciles de definir, incluso a posteriori, y el solo papel activo consiste en reunir en un medio dado el máximo de condiciones favorables a la evolución normal, eliminando las desfavorables en la mayor cantidad en que sea posible. Aun así, sería preciso conocer estas condiciones para poderlas organizar; y aquí es quizás donde, hoy por hoy, el educador se encuentra menos preparado»¹⁰.

Coincide con María Montessori en que la pedagogía tiene que fundamentarse en la psicología. Su método de globalización responde a una concepción gestáltica de la percepción y también de los procesos de pensamiento. Él sostiene que el maestro ha de tomar como punto de partida aprehensiones completas y no elementos abstraídos de ellas. Su método global consiste en partir de las formas vividas, percibidas, cotidianas, y sólo en un segundo momento extraer de ellas las formas geométricas y abstractas. Una aplicación coherente y detallada de este principio se encuentra en su método de enseñanza de la lectura.

Hay que destacar que Decroly tiene importantes aportaciones en el campo del psicodiagnóstico y de la psicología evolutiva. Una idea central en su doctrina pedagógica es una clasificación de la población infantil, basada en datos recogidos de la observación de los maestros y del resultado del examen físico y psíquico -él apuesta por el empleo de tests-. Se trata de organizar clases homogéneas y crear, en consecuencia, secciones paralelas para los niños sensiblemente adelantados o atrasados, así como grupos especiales para los niños «anormales».

4. DOS METODOLOGÍAS DIFERENTES AL SERVICIO DE UN MISMO FIN

Antes de examinar sus respectivas metodologías, cabe señalar que el método Montessori (aunque ella prefiera llamarlo «ayuda») se aplicó sobre todo a niños en edad pre-escolar y el método Decroly a niños de enseñanza primaria.

Para la pedagoga italiana, el proceso didáctico se desenvuelve en dos fases: la de *iniciación*, donde el niño se familiariza con el material y empieza a manejarlo; y la de *denominación*, con tres pasos: a) asociación del nombre de cada objeto con su percepción sensorial, b) reconocimiento del objeto correspondiente al nombre, y c) recuerdo del nombre correspondiente al objeto.

Los ejercicios que constituyen el centro de la educación son tomados de la vida práctica como: las *actividades de la vida diaria*, que se refieren al cuidado de la persona (aprender a lavarse, a vestirse, a comer...), la *lección*

del silencio, que sirve para desarrollar la capacidad de concentración, y, los *trabajos productivos*, como son los de jardinería y el cuidado de animales. Para la enseñanza de la escritura emplea alfabetos de letras móviles y se basa en un método fónico analítico-sintético; en cuanto a la lectura, emplea el juego de los carteles, en los que aparecen frases que indican una acción concreta que el niño ha de ejecutar.

Montessori diseñó un material específico que ayudase a la realización de ejercicios sistemáticos que tienden a la educación de los sentidos y de la inteligencia (sólidos y planos encajables, serie doble de campanillas y cilindros sonoros...). Este material cumple una serie de condiciones: atraer la atención del niño, provocar la actividad del sujeto, ser limitado, en el sentido de que permita al individuo desarrollar su tarea sin desviaciones que le hagan perder el objetivo concreto, y debe hacer posible el autocontrol del sujeto, de manera que le obligue a ejecutar sus ejercicios de forma razonada.

En cuanto a Decroly, hemos visto que parte del análisis de las necesidades del niño para establecer su programa educativo y del funcionamiento psicológico que le atribuye. Examinaremos con cierto detalle en qué se traduce.

Las fases de su metodología son tres:

- a) *Observación*: Técnica encaminada a poner en contacto al niño con la naturaleza, con el medio que le rodea.
- b) *Asociación*: Ejercicio dirigido a la relación de los hechos observados, lo que equivale a la toma de conciencia de su propia experiencia, su lugar en ese medio.
- c) *Expresión*: El niño deberá aprender a expresar de forma correcta sus ideas, tanto oral como gráficamente.

Es importante tener en cuenta que Decroly recalca que todo lo que se enseña en el programa tradicional tiene cabida en el suyo, pero las nociones están distribuidas de otra manera, basada en la psicología del niño. La observación se deriva de las lecciones de cosas y palabras, y de las lecciones de ciencias de la naturaleza elementales. Aquí también entraría el cálculo. La asociación en el espacio y en el tiempo sustituye a la geografía y a la historia concebidas de manera más amplia, sustentada en especial por los ejercicios de asociación de causa a efecto. La expresión comprende todos los ejercicios de lengua materna, sin excluir la ortografía, ni el estudio de textos de memoria, etc...; como también los trabajos manuales, el dibujo, el canto y la gimnasia.

Decroly modifica los programas tradicionales, mediante la globalización de los contenidos en centros de interés que responden a las necesidades vitales del niño. Cabe señalar la importancia que concede al juego, tanto como herra-

mienta de diagnóstico, como de desarrollo intelectual y social. Hay que agradecer la herencia del pedagogo belga en concepto de juegos educativos encaminados a despertar y desarrollar la inteligencia del sujeto por medio de la espontánea atención del niño y del desarrollo de sus sentidos, estimulando las dotes creativas de los alumnos.

«Cuando el niño juega, se prepara -auxiliado por la curiosidad y por la imitación- a responder a sus tendencias y, por consecuencia, a vivir la vida del adulto. Así es que el juego, como han reconocido los modernos psicólogos, tiene un papel de valor primordial para facilitar al niño la posesión de las diversas coordinaciones que favorecen su futura adaptación.

Si la curiosidad es una anticipación no realizada de la satisfacción de una tendencia, el juego es ya una realización, pero en «diminutivo», y de aquí que pueda ser considerado como el más importante de los instintos de la infancia, por lo que salta a la vista la utilidad de observar al niño durante su actividad llamada lúdica»¹¹.

5. ACTUALIDAD DE MONTESSORI Y DECROLY

Si algo hay que resaltar de ambos autores es su honda preocupación por el destinatario de la educación: el respeto a la naturaleza del niño, a la libertad, a la espontaneidad, a su actividad... son ejes centrales de la pedagogía contemporánea.

El reclamar una educación en estrecha conexión con la vida, enlaza con el énfasis actual en un currículum conectado con el entorno y capaz de promover aprendizajes funcionales y significativos.

Por último, destacar el papel concedido al juego, una actividad, a nuestro entender, esencial para el niño.

NOTAS FINALES

¹ MONTESSORI, M.: *Formación del hombre*. Ed. Diana. Méjico. 1986. pp.19-20.

² DECROLY, O: *Estudios pedagógicos y psicológicos sobre el niño anormal*. Ed. CEPE. Madrid. 1993.p. 231.

³ MONTESSORI, M.: *Formación del hombre*. *Op. cit.* p. 50.

⁴ *Ibidem.* p. 29.

⁵ *Ibidem.* p. 83.

⁶ *Ibidem.* pp 92-93.

⁷ *Ibidem.* p. 151.

⁸ *Ibidem.* p. 59.

⁹ *Ibidem.* p. 63.

¹⁰ DECROLY, O.: *Estudios pedagógicos y psicológicos sobre el niño anormal*. Op. cit. p.33.

¹¹ *Ibidem*. p. 36.

BIBLIOGRAFÍA

DECROLY, O. y BOON, G.: *Introducción general al método Decroly*. Ed. Losada. Buenos Aires. 1950.

DECROLY, O. y MONCHAMP, E.: *El juego educativo. Iniciación a la actividad intelectual y motriz*. Ed. Morata. Madrid.1986.

DECROLY, O.: *Psicología aplicada a la educación*. Ed. Beltrán. Madrid, 1934.

DECROLY, O.: *Estudios pedagógicos y psicológicos sobre el niño anormal*. Ed CEPE. Madrid. 1993.

FILHO, L.: *Introducción al estudio de la Escuela Nueva*. Ed. Kapelusz. Buenos Aires. 1974.

MONTESORI, M.: *Formación del hombre*. Ed. Diana. Méjico.1986.

MONTESORI, M.: *Pedagogía Científica*. Ed. Araluce. Barcelona, 1971.

STANDING, E,M.: *La revolución Montessori en la educación*. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1977.